

Resignificar el pasado: monumentos, decolonialidad y resistencia en el espacio público latinoamericano

 /tempoeargumento

 @tempoeargumento

 @tempoeargumento

 **Jonathan Lukinovic Hevia**
Universidad Autónoma de Chile
Talca – CHILE
jonathan.lukinovic@uautonoma.cl
 orcid.org/0009-0000-4153-1009

Editores Responsáveis (Convidados):

Cláudia Mortari

Universidade do Estado de Santa Catarina
orcid.org/0000-0001-8006-006X

Marcello Felisberto Moraes de Assunção

Universidade Federal do Rio Grande do Sul
orcid.org/0000-0001-6978-6564

Nelson Maldonado-Torres

University of Connecticut-Storrs
orcid.org/0000-0001-7738-7029

 <http://dx.doi.org/10.5965/2175180317452025e0106>

Recibido: 31/01/2025

Aprobado: 04/06/2025

Resignificar el pasado: monumentos, decolonialidad y resistencia en el espacio público latinoamericano

Resumen

Los monumentos en América Latina han sido herramientas clave en la construcción de memorias colectivas y relaciones de poder, consolidando narrativas oficiales que excluyen voces subalternas. Este estudio analiza su resignificación como medio de resistencia y democratización del espacio público, abordando dinámicas de exclusión y la necesidad de inclusión de perspectivas históricas marginadas. Explora casos emblemáticos, como las intervenciones durante el estallido social chileno, destacando acciones de resignificación crítica y los desafíos éticos y políticos de construir una memoria colectiva inclusiva. Se concluye que los monumentos deben transformarse en dispositivos vivos que dialoguen con las demandas contemporáneas.

Palabras clave: monumentos; memoria colectiva; resignificación; espacio público; América Latina.

Re-signifying the past: monuments, decoloniality and resistance in Latin American public space

Abstract

Monuments in Latin America have been key tools in constructing collective memories and power relations, consolidating official narratives that exclude subaltern voices. This study examines their resignification as a means of resistance and democratization of public space, addressing exclusion dynamics and the need to include historically marginalized perspectives. It explores emblematic cases, such as interventions during the Chilean social uprising, highlighting actions of critical redefinition and the ethical and political challenges of building an inclusive collective memory. It is concluded that monuments must be turned into living devices that engage with contemporary needs.

Keywords: monuments; collective memory; resignification; public space; Latin America.

Ressignificar o passado: monumentos, decolonialidade e resistência no espaço público latino-americano

Resumo

Os monumentos na América Latina têm sido ferramentas-chave na construção de memórias coletivas e relações de poder, consolidando narrativas oficiais que excluem vozes subalternas. Este estudo examina sua resignificação como meio de resistência e democratização do espaço público, abordando dinâmicas de exclusão e a necessidade de inclusão de perspectivas historicamente marginalizadas. Explora casos emblemáticos, como intervenções durante a revolta social chilena, destacando ações de redefinição crítica e os desafios éticos e políticos da construção de uma memória coletiva inclusiva. Conclui-se que os monumentos devem ser transformados em dispositivos vivos que se relacionem com as demandas contemporâneas.

Palavras-chave: monumentos; memória coletiva; resignificação; espaço público; América Latina.

1. Introducción

En América Latina, así como en el resto del mundo, los monumentos han sido herramientas clave en la construcción de la memoria colectiva y las identidades nacionales, reafirmandose como recursos simbólicos fundamentales desde los procesos de independencia en adelante, e incluso en los procesos de reformulación nacional durante la segunda mitad del siglo XX. Este artículo tiene como objetivo principal dilucidar las dinámicas en torno a los monumentos públicos y su rol como herramientas que estructuran la memoria colectiva y las relaciones de poder en América Latina. Esta propuesta se enfocará en vislumbrar cómo estas estructuras reproducen desigualdades históricas y culturales, al tiempo que explora, bajo la disruptividad de los actos contra monumentos públicos, la necesidad de resignificación monumental como forma de actualización del espacio público y la búsqueda de formas democráticas del uso simbólico de este, siendo un fenómeno en que se pueden leer algunas manifestaciones prácticas de decolonialidad combativa.

Utilizados inicialmente como símbolos para validar la dualidad religión/poder, como principal herramienta de interpretación y/o validación de la conducta humana, y posteriormente para reafirmar el derecho de unos por sobre otros y su legitimidad sobre los espacios habitados, estas estructuras de carácter dual entre arte e historia se levantaron para materializar una narrativa que promoviera la unidad y la legitimidad política, trayendo a lo concreto figuras o hitos relevantes al presente. Sin embargo, la monumentalización no se limita a un acto conmemorativo; se trata de un proceso profundamente político, orientado a seleccionar y fijar qué eventos y figuras son dignos de recordar –o las que son necesarias para explicar y validar las corrientes dominantes–, al mismo tiempo que excluyen o silencian a otras perspectivas, las vencidas, o más bien a las que no poseen derechos de uso simbólico del espacio público ni posibilidades de instauración monumental. El presente artículo está dividido en apartados que buscan esbozar un análisis sobre el fenómeno de la monumentalización, apuntando a lograr una evaluación de las exclusiones simbólicas que perpetúan los monumentos, las cuales, además, ejemplificamos con el estudio de algunos casos que buscan ilustrar los procesos de resignificación y resistencia abordados.

Cada sección intenta aportar una comprensión crítica de cómo los monumentos funcionan como dispositivos de poder y de representación en el espacio público. Este enfoque revela la función de los monumentos no solo como espacios de memoria, sino también como dispositivos que estructuran y fijan las relaciones de poder en el espacio público y permiten instaurarla, desde lo cotidiano, en la vida y las relaciones ciudadanas que interactúan en lo público.

A lo largo de la historia, estas estructuras han reflejado no solo los valores e intereses de las élites que las erigieron, sino las exclusiones inherentes al proceso de construcción simbólica de los espacios públicos y las comunidades que los habitan. Las narrativas monumentales han operado como herramientas que consolidan ciertas versiones de la historia, mientras marginan o invisibilizan sistemáticamente otras perspectivas, particularmente las de los pueblos originarios, afrodescendientes, de las mujeres y otros sectores históricamente relegados. Estas exclusiones no son accidentales, sino que forman parte de un sistema más amplio de jerarquías culturales y sociales que se enraízan en la colonialidad. La finalidad de este artículo es proponer una reflexión crítica que permita identificar los mecanismos por los cuales los monumentos perpetúan las desigualdades estructurales, así como imaginar formas alternativas de representar las voces históricamente excluidas en el espacio público. En este sentido, los monumentos no solo legitiman ciertos relatos históricos, sino que también reproducen dinámicas de poder que perpetúan desigualdades estructurales y epistemológicas, en medida que ciertos referentes, figuras, bandos, hitos y existencias son más válidas e importantes que otras.

La monumentalización en América Latina ha sido un recurso competente a la necesidad de los nuevos Estados de construir identidades cohesionadas en territorios marcados por una diversidad cultural, étnica y social que, más que unir, evidenciaba profundas fracturas frente a los discursos y lineamientos dominantes, independiente de su postura. Los monumentos dedicados a figuras como Colón y Pedro de Valdivia, así como los diversos líderes de la Independencia o incluso los héroes de las innumerables batallas que les siguieron por temas de expansión y dominio, se erigieron para reforzar una visión hegemónica de la historia, que siempre trae consigo voces silenciadas, pues su monumentalización

no exalta solo los valores de los vencedores, sino que principalmente los de las elites o grupos dominantes, mientras ignora o minimiza las contribuciones de los pueblos indígenas, las mujeres, los afrodescendientes y otros sectores marginados o subalternos que en muchos de estos casos sustentaron los hechos que les valieron a las grandes figuras dichas alegorías. Este recurso también se volvería recurrente en los procesos de reformulación nacional desde los años 1970 en adelante, como ocurriera con las figuras de Prat y O'Higgins en el periodo de dictadura militar chilena, en desmedro de otras como la de Manuel Rodríguez en el mismo periodo, que por ser reivindicado por movimientos de izquierda no tendría la misma presencia pública que otras figuras relevantes al proceso, elemento que se vería además reflejado y reforzado en textos educativos y otros elementos de refuerzo histórico-cultural. Esta dinámica no solo consolidó una versión unívoca del pasado, sino que estableció jerarquías culturales y sociales que se perpetúan hasta hoy, respaldando las políticas y los enfoques que les sustentan, pero con la presencia constante de la amenaza de resignificación y erradicación, principalmente por medios no legales u oficiales, que buscan contrarrestar dichas imposiciones y dar espacio a quienes han sido relegados.

Frente a estos ejercicios de resignificación, es importante comprender que ante la carencia de posibilidades de realizar ajustes periódicos a los referentes simbólicos del espacio público, decantarán posiblemente en actos disruptivos que atenten contra la materialidad de los monumentos y espacios de memoria y, por tanto, contra las legalidades que les resguardan, como fue el caso de la transformación temporal y travestismo del monumento al Roto chileno en "La Rota", la instauración del Monumento a la indígena Milanka en reemplazo del Monumento a Francisco de Aguirre, sumado a decapitaciones, rayados, transformaciones y otros actos reivindicativos que hemos podido estudiar en los últimos años y de los cuales exponemos algunos a modo de ejemplo, actos que, como veremos, generarán perspectivas opuestas frente a sus manifestaciones, por ello es importante, en primer lugar, analizar el fenómeno desde estos actos disruptivos y entender sus motivaciones y significados, desde una perspectiva más cercana a la iconoclasia que a la del vandalismo como se acostumbra.

2. Resignificaciones y resistencias

En este contexto, es fundamental replantear el papel de los monumentos como espacios simbólicos abiertos a la resignificación, permitiendo que narrativas históricamente excluidas emerjan en el espacio público, como espacio común y atingente a toda la ciudadanía y tengan un lugar de reconocimiento en este. Para lograr este cometido, el análisis se llevará a cabo mediante la revisión crítica de casos específicos, la exploración de los procesos históricos que llevan a la monumentalización, la evaluación de sus efectos en la memoria colectiva y las dinámicas de poder actuales. De esta manera, se espera contribuir al entendimiento y la necesidad de democratizar el espacio público mediante la resignificación de los monumentos. Esto implica no solo cuestionar las narrativas dominantes, sino también imaginar nuevas formas de representación que integren las voces y experiencias de comunidades históricamente marginadas. El cuestionamiento sobre la resignificación de los monumentos, en este sentido, abre posibilidades para democratizar la concretización de la memoria colectiva, promoviendo un diálogo crítico sobre las relaciones de poder que han moldeado el pasado y continúan estructurando el presente. Así, los monumentos dejan de ser meros recordatorios del pasado para convertirse en herramientas vivas que dialogan con las demandas contemporáneas de justicia, inclusión y pluralidad.

Siguiendo esta línea, entendemos que los monumentos no son entidades neutrales ni atemporales; operan como dispositivos simbólicos que moldean las narrativas colectivas en función de las relaciones de poder de su tiempo. En este sentido, funcionan como herramientas de representación oficial, consolidando valores y discursos que legitiman ciertas versiones de la historia mientras sepultan bajo sus plintos o desplazan otras a los márgenes. Esta exclusión simbólica no es solo un reflejo del contexto en el que se erigen los monumentos, sino un mecanismo activo que refuerza las desigualdades históricas, reproduciendo estructuras coloniales y patriarcales en el espacio público, pues “los monumentos actúan como vehículos de dominación simbólica, consolidando narrativas hegemónicas en el espacio colectivo y excluyendo perspectivas alternativas” (Lukinovic, 2022, p. 99).

La monumentalización, al operar como un dispositivo de representación oficial, no solo excluye perspectivas alternativas, sino que consolida narrativas hegemónicas. En relación con esto, es crucial considerar cómo las prácticas artísticas y culturales pueden emerger como respuestas críticas frente a estas exclusiones simbólicas. Para iniciar el abordaje de estas dinámicas de exclusión e inclusión, resulta útil recurrir al concepto de *re-existencia*, que plantea que la resistencia no se limita al ejercicio de oposición, sino que implica la creación activa de nuevas formas de expresión, pues no se trata solamente “de negar un poder opresor, sino también de crear maneras de existir, lo que incluye formas de sentir, de pensar, y de actuar en un mundo que se va construyendo el mismo a través de variadas insurgencias e irrupciones que buscan constituirlo como un mundo humano” (Maldonado-Torres, 2017, p. 26). Esta perspectiva de re-existencia permite comprender la resignificación de los monumentos no solo como una reacción contra estructuras hegemónicas, sino como un proceso creativo que amplía las posibilidades de representación, reconociendo la diversidad de comunidades y reimaginando el espacio público como territorio democrático y de diálogo y de paso, reimaginando las formas en que la ciudadanía vive y utiliza el espacio público tanto en lo material como en lo simbólico, lo que nos lleva a considerar el espacio público, al igual que el monumento, como un espacio polisémico, pues se presenta como “un concepto que tiene varias acepciones [...] que tiene una pluralidad de significados y sentidos” (Carrión, 2019, p. 206), a los cuales hay que tender también para revisar la funcionalidad del monumento/espacio público.

3. Exclusión simbólica y marginalización de narrativas alternativas en el espacio público

El espacio público en América Latina ha sido históricamente un escenario en que las tensiones sociales y políticas se materializan en forma de monumentos. En este podemos encontrar figuras diversas e incluso opuestas, pero se advierte cada cierto tiempo el surgimiento de referentes y el descuido o erradicación de otros, dependiendo de las políticas, posibilidades y tendencias de cada territorio. Así, es posible advertir el auge y la caída de monumentos a Colón

en diversos países, a Kirchner en Argentina, la constante decapitación de bustos de Jaime Guzmán en Chile o incluso la erradicación pasiva por la no mantención o conservación de monumentos, como sucedió con memoriales a detenidos desaparecidos en varios puntos de América Latina. Siempre en constante tensión se buscan las posibilidades de erigir o derribar ciertos referentes simbólicos en el espacio público, pero sus posibilidades son limitadas, por un lado están las restricciones de uso del espacio público, y por otro están las regulaciones de salvaguarda y protección de monumentos públicos, elementos que llevan a que las alternativas tiendan a ser siempre disruptivas o en medida de las posibilidades según cada espacio, territorio o contexto.

Los monumentos, estructuras diseñadas para reforzar simbólica y físicamente las narrativas oficiales, han desempeñado un doble papel, traen inherentemente una representación directa y otra que debe ser leída en negativo, en sus vacíos o a contrapelo, así, consolidan ciertos relatos históricos al tiempo que invisibilizan o marginalizan las contribuciones y experiencias de comunidades subalternas no validadas por los discursos o corrientes que les enarbolan. Estas exclusiones simbólicas no son accidentales; representan mecanismos deliberados de poder que perpetúan jerarquías coloniales, raciales y de género, y no siempre son fáciles de advertir, por ello, para su comprensión, no pueden ser tratadas como elementos unidireccionales, como afirma Nelson Maldonado-Torres (*apud* Mortari; Assunção; Wittmann; Cassiano, 2023, p. 152), “la colonialidad envuelve gente y territorio [y para entenderla] hay que pensarlas de forma integral”, advirtiendo las múltiples dimensiones en que se manifiesta, en la que se incluye, entre otros recursos, los discursos monumentales, entendido como un discurso marmóreo, de piedra, con un bajo carácter dialógico, que una vez instaurado no posee vías oficiales de resignificación o transformación y que eventualmente genera tensiones en la comunidad, sobre todo cuando los monumentos carecen de procesos de puesta en valor y terminan por desactivarse simbólicamente, o incluso reconocerse en contraposición a los valores y las tendencias en un espacio y momento determinado.

Desde los procesos de independencia, los monumentos se han utilizado como herramientas de construcción nacional, presentando una visión idealizada

de unidad y heroísmo. Sin embargo, estas representaciones han sido profundamente selectivas, favoreciendo a las élites mientras relegan al olvido las contribuciones de los pueblos afrodescendientes, mujeres y otros grupos marginados. Un caso emblemático de esta marginalización es el tratamiento de los pueblos originarios en la narrativa monumental. En el libro *La guerra de los monumentos* se plantea que las herramientas u opciones de monumentalización “existen en medida que desplazan a otros o bien en medida que se imponen sobre otros con menores posibilidades, siendo por tanto objetos susceptibles de dominio y colonización simbólica” (Lukinovic, 2022, p. 98), esta dinámica perpetúa una visión colonialista que ignora las luchas contemporáneas de estas comunidades y su contribución al tejido social de América Latina y posiciona siempre a las cúpulas de poder y sus discursos, quienes poseen, de modo directo o indirecto, un monopolio del uso simbólico del espacio público.

De manera similar, las mujeres han estado prácticamente ausentes en los relatos monumentales, a pesar de su participación crucial en procesos históricos como las independencias y los movimientos sociales. Cuando son representadas, suelen hacerlo en roles alegóricos, como símbolos de la patria o la justicia, en lugar de ser reconocidas como figuras históricamente activas. Según Raposo (2007, p. 78), “la materialización de la memoria colectiva aparece como una lucha entre el recuerdo selectivo y el olvido institucional” y es que en lo concreto “lo que sobrevive no es el complejo de lo que ha existido en el pasado, sino una elección realizada por las fuerzas que operan en el desenvolverse temporal del mundo y de la humanidad” (Le Goff, 1991, p. 227), elecciones y selecciones que siempre tenderán a la exclusión, el problema radica entonces en que el monumento, como recurso con carga simbólica única, no logra contener la complejidad de un proceso histórico, siendo más bien un trofeo que un referente común. En primera instancia, esto podría parecer natural o incluso correcto, el problema está en que al instaurarse en el espacio y la esfera pública esta unidireccionalidad le asigna una carga impositiva inherentemente excluyente al monumento, que tiende a naturalizarse y condicionar la percepción pública al posicionarse como lo correcto o digno de imitar.

4. Efectos de la exclusión simbólica

La exclusión simbólica en los monumentos tiene efectos profundos en la configuración del espacio público, entendiendo a estos como referentes importantes a la ciudadanía, la que, aunque de paso entre las esferas pública y privada, busca verse representada y reconocer discursos que le asocien al espacio que habita, es decir que generen un nexo entre su presente y un discurso histórico que valide su existencia en él, pues “es ahí donde se construye la ciudadanía y, por lo tanto, la comunidad política que es la ciudad” (Carrión, 2019, p. 206). El espacio público se define por su configuración espacial, que incluye tanto espacios tangibles o físicos como los recursos que facilitan las interacciones que ocurren en él, entre estos recursos destacan los referentes simbólicos instaurados. Según Ricart y Remésar (2013, p. 7) es la escenografía en la que ocurren las relaciones sociales, es el espacio que otorga herramientas, ambiente, contexto para las infinitas posibilidades, las que, justamente, para su comprensión, llevan a la esfera pública al centro de la discusión. La esfera pública, por otro lado, abarca todo lo que sucede dentro del espacio público y se caracteriza, según Hannah Arendt, por ser aquello que se comparte: acciones y comportamientos que se hacen visibles al ser narrados y sacados del ámbito privado. Es un espacio de interacción simbólica donde se forma un “nosotros” mediante la comunicación. En palabras de Arendt (1993, p. 221), es “la organización de la gente tal como surge de actuar y hablar juntos, y su verdadero espacio se extiende entre las personas que viven juntas para este propósito”. La esfera pública se fundamenta en la necesidad de lo plural, en el encuentro y la relación entre las diferencias. Estas diferencias, al ser expuestas, configuran la identidad de los sujetos. Por ello, lo que define la esfera pública son las acciones mismas, que no son resultado de un consenso ni pueden ser medidas o reguladas, ya que se construyen a partir de múltiples discursos, generando así infinitas posibilidades.

Volviendo al objeto y fenómeno de los monumentos, más allá de silenciar ciertas voces, estos dispositivos contribuyen a consolidar jerarquías sociales y a reforzar dinámicas de poder que perpetúan las desigualdades estructurales. Los monumentos seleccionan qué memorias son dignas de ser conmemoradas, y al hacerlo, deslegitiman otras perspectivas, presentando las narrativas dominantes

como universales e indiscutibles. Siguiendo esta línea, Dussel (1994) argumenta que “la modernidad no puede ser entendida sin su cara oculta: la exclusión y explotación de los otros”. Este concepto se aplica directamente al análisis de los monumentos, que funcionan como recordatorios del pasado, pero también como marcadores de las desigualdades presentes. El impacto de esta exclusión es evidente en las tensiones sociales que surgen en torno a los monumentos. Estas estructuras, concebidas para simbolizar unidad y orgullo nacional, pueden transformarse en símbolos de opresión y resistencia cuando las comunidades perciben que no reflejan sus realidades o valores. Esto ha llevado a cuestionamientos y resignificaciones que desafían el propósito original de los monumentos, evidenciando su capacidad para perpetuar conflictos en lugar de resolverlos.

La exclusión simbólica en el espacio público no es un fenómeno estático, sino un proceso continuo que se manifiesta en la configuración de los monumentos en América Latina. Al privilegiar ciertas narrativas sobre otras, estas estructuras perpetúan desigualdades históricas y marginan a las comunidades que no se sienten representadas en ellas. Sin embargo, los casos recientes de resignificación monumental demuestran que los monumentos también tienen el potencial de transformarse en herramientas de inclusión y diálogo, aunque de modo disruptivo. Estas transformaciones subrayan la importancia de repensar el papel de los monumentos en el espacio público contemporáneo, promoviendo una memoria colectiva más justa y plural.

5. Monumentos como dispositivos de representación oficial

La monumentalización en América Latina se consolidó tras los procesos de independencia como un esfuerzo por establecer narrativas oficiales que unificaran sociedades profundamente fragmentadas por sus diferencias culturales, étnicas y sociales. Los monumentos, concebidos como representaciones materiales de estas narrativas, ocuparon un lugar central en la construcción de identidades nacionales, seleccionando figuras y eventos que encarnaran los ideales de unidad, heroísmo y progreso que las élites aspiraban a proyectar. Sin embargo, esta selección no fue neutra ni inclusiva; fue un acto

político intencionado que priorizó ciertas historias mientras relegaba otras al silencio. Y, en este sentido, lo simbólico, expresado a través del arte, cobra vital importancia, pero no solo en los procesos de instauración monumental, sino también en los de recuperación o resignificación, y es que “la reclamación del arte como territorio de re-existencia toma un significado particular frente a la violencia corporal, el asesinato y los desplazamientos territoriales. No puede ignorarse que el territorio, al igual que el cuerpo, es un punto de partida material y concreto para la existencia humana y por tanto es crucial en cualquier intento por reclamar la re-existencia” (Maldonado-Torres, 2017, p. 27), estas dinámicas, entonces, ponen al monumento al centro como recurso en disputa, por un lado están las figuras que se erigen y, por otro, está la búsqueda de parte de las comunidades para reescribir dichos referentes cuando estos no les representan.

6. La selección de figuras y narrativas

La elección de héroes como Simón Bolívar, José de San Martín y otros líderes independentistas no fue fortuita. Estas figuras, destacadas en los monumentos de las principales ciudades latinoamericanas, simbolizaban la lucha por la emancipación y la construcción de Estados modernos. Sin embargo, estos homenajes, diseñados para consolidar una historia compartida, excluyeron sistemáticamente a otros actores fundamentales en la independencia y la formación de las sociedades, como los pueblos indígenas, los afrodescendientes y las mujeres. Este enfoque monocultural reforzó una visión hegemónica de la historia, moldeada por los intereses y valores de las élites criollas, pero esto es incluso anterior a los procesos independentista, según Dussel (1994, p. 8), desde 1492 en adelante, desde el nacimiento de la modernidad como concepto, parte el origen y un “‘mito’ de violencia sacrificial muy particular y, al mismo tiempo, un proceso de ‘en-cubrimiento’ de lo no-europeo”, un proceso de blanqueamiento que, tanto por fuerza, educación y refuerzos simbólicos, sería replicado en la historia latinoamericana.

Este fenómeno decantó en la monumentalización como recurso, la que no solo seleccionó qué figuras recordar, sino también cómo recordarlas, construyendo una narrativa que naturalizaba las jerarquías sociales y culturales,

y es que “la apropiación del espacio reconocida en el acto monumental, como materialización de un discurso que no permite naturalmente instancias de diálogo una vez que es instaurado, [es] la oficialización de unos discursos en desmedro de otros” (Lukinovic, 2022, p. 7). Un ejemplo de esta selección sesgada es la escasez de monumentos que reconozcan las contribuciones de las comunidades afrodescendientes e indígenas. En muchos casos, estas poblaciones son representadas de manera subordinada o alegórica, perpetuando la idea de que su papel histórico está restringido al pasado premoderno. Asimismo, las mujeres han sido representadas principalmente como figuras alegóricas, ignorando su participación activa en procesos históricos. Esta omisión refuerza las dinámicas de exclusión que estructuran tanto el espacio público como la memoria colectiva. Esta dinámica se evidencia en la elección de figuras masculinas como los principales referentes históricos, mientras las contribuciones de las mujeres son invisibilizadas o minimizadas. En este contexto, los monumentos se convierten no solo en herramientas políticas que legitiman las narrativas oficiales, sino también estructuras raciales y de género, consolidando estructuras de poder que perpetúan las jerarquías sociales y culturales, lo que naturalmente lleva a que se busque resignificar estos dispositivos como paso fundamental para democratizar el espacio público y construir una memoria colectiva que refleje la diversidad y complejidad de las sociedades contemporáneas.

Como hemos señalado, las posibilidades que tienen las comunidades de erigir, reescribir o erradicar monumentos son limitadas, incluso nulas, una vez que un monumento ha sido instaurado, por su posición de arte público y monumental, se vuelve prácticamente intocable, se posicionan como recursos petrificados en la esfera pública, por ello las acciones de reescritura o resignificación serán siempre disruptivas o normalmente fuera de lo legal, tanto para gobiernos en curso como para las comunidades, salvo casos en que hay un control absoluto, aunque momentáneo del espacio público, por ejemplo la estatua del Che Guevara, la primera existente del guerrillero, que fue dinamitada en Chile durante la dictadura militar. A modo de ejemplificar algunas de las categorías que hemos expuesto, tomaremos como ejemplos algunas de las intervenciones, destrucciones o ejercicios contra monumentos públicos sucedidas en entornos

que, momentáneamente, debido a su conflictividad social, permite a la ciudadanía un mayor acceso a estos referentes simbólicos, y un momento que se presentó como idóneo a este fenómeno fue el periodo del estallido social chileno, en el que fueron intervenidos o destruidos más de 300 monumentos en todo el país, sin ánimo de teorizar sobre el estallido social, nos centramos en algunas de las categorías y los ejercicios en los que podemos vislumbrar la necesidad de combatir la imposición y las lógicas coloniales y culturales que los monumentos instaurados por las elites vienen a instaurar.

7. El boom iconoclasta durante el estallido social chileno

El llamado *estallido social* corresponde a una serie de manifestaciones que tuvieron lugar en Chile entre octubre de 2019 y febrero de 2020. Este fenómeno fue desencadenado por el incremento en el precio del transporte público en Santiago, lo que motivó a estudiantes secundarios a organizar masivas evasiones como una forma de protesta. Sin embargo, el trasfondo de estas manifestaciones radica en un profundo malestar ciudadano frente a una diversidad de demandas que evidenciaban una crisis en distintos aspectos de la sociedad chilena. Este descontento se vincula, principalmente, a las consecuencias del modelo neoliberal instaurado durante la dictadura militar y consolidado en democracia, un sistema que intentaba demostrar que la economía de mercado podría generar un desarrollo social y económico sin precedentes. Este enfoque transformó profundamente la sociedad chilena, su cultura y su manera de relacionarse con el entorno. El paso hacia un Estado subsidiario, la privatización de la mayoría de los bienes y servicios, y el progresivo desencanto con la clase política y empresarial posicionaron temas como la salud, la educación, la vivienda, el trabajo, el transporte, los recursos hídricos, los derechos, las pensiones, y la constitución en el centro de las discusiones públicas de ese momento.

El enfoque represivo que adoptó el gobierno para gestionar las manifestaciones, acompañado por la limitada respuesta política durante las primeras semanas, intensificó las protestas y derivó en una radicalización generalizada a nivel nacional. Esto, a su vez, provocó un aumento exponencial en los actos de represión policial y militar, marcados por graves violaciones a los

derechos humanos, incluyendo mutilaciones, torturas, asesinatos y el uso desproporcionado de la fuerza. Como resultado de esta represión, se registraron 36 muertes y alrededor de 400 personas con traumas oculares.

A pesar de la violencia estatal ejercida contra la población, las manifestaciones fueron adquiriendo mayor fuerza y frecuencia, logrando movilizar a multitudes en todo el país. Los discursos y las propuestas de diversas agrupaciones sociales comenzaron a converger, propagándose así la intención de dismantelar el sistema neoliberal que, desde la perspectiva internacional, proyectaba una imagen próspera, pero que no reflejaba la realidad de las profundas desigualdades que enfrentaba la sociedad chilena. En este contexto, las formas de protesta fueron diversas e incluyeron marchas, cacerolazos, concentraciones, asambleas y reuniones comunitarias, donde confluyeron personas de distintas clases sociales y grupos organizados. Estas manifestaciones incorporaron múltiples expresiones artísticas y simbólicas, tales como lienzos, murales, intervenciones artísticas, cánticos y rayados, además de enfrentamientos con la policía protagonizados por la llamada “primera línea”, que buscaba proteger a los manifestantes de las fuerzas de orden.

El impacto del movimiento fue tan masivo que, en la capital, se reunieron más de 1 millón de personas alrededor de la rebautizada Plaza de la Dignidad. Este fenómeno significó una ocupación plena del espacio público, lo que dificultó enormemente el control por parte de las fuerzas policiales. Este contexto derivó también en el deterioro significativo del espacio público y sus monumentos, los cuales fueron intervenidos de diversas maneras. Según el Consejo de Monumentos Nacionales, en los primeros 3 meses se contabilizaron 230 monumentos dañados, cifra que ascendió a 319 al término del período de protestas, junto con 881 inmuebles patrimoniales afectados. Estos números reflejan la magnitud del fenómeno de intervenciones contra monumentos públicos durante el estallido social en Chile.

Cabe mencionar que, aunque Chile cuenta con un importante número de monumentos erigidos a comienzos del siglo XX, muchos de ellos, especialmente en regiones y provincias, fueron producto de la monumentalización promovida durante la dictadura militar. Estos incluyen figuras históricas como Bernardo

O'Higgins, Arturo Prat, Ignacio Carrera Pinto y Pedro de Valdivia, distribuidas por todo el territorio en alineación con un discurso patriótico y fundacional que buscaba redefinir las bases nacionales. Por ello, buena parte de los elementos simbólicos que representan a la nación en crisis que dio origen al estallido social están dispersos a lo largo del país. Bajo esta luz, sería incorrecto interpretar las acciones contra los monumentos como simples actos vandálicos o como daños colaterales ocasionados por una turba sin dirección. Más bien, estas intervenciones, aunque desarticuladas y disruptivas, buscaban resignificar estas figuras y utilizarlas como plataformas para transmitir ideas y perspectivas críticas.

En nuestros análisis iniciales, planteamos que los elementos simbólicos del espacio público requieren constante actualización, transformación o erradicación para alinearse con los intereses de la comunidad. No obstante, solo la primera de estas acciones se encuentra dentro de los marcos legales, mientras que las otras dos dependen de acciones al margen de la ley debido a las protecciones legales de los monumentos como patrimonio cultural. Esto nos llevó a concluir que los monumentos necesitan una protección constante para garantizar su permanencia, aunque esta misma protección los convierte en objetivos en contextos de conflicto social. En momentos de crisis, cuando disminuyen las medidas de resguardo y aumenta el acceso a estos elementos, los monumentos tienden a ser objeto de cuestionamientos y transformaciones, especialmente cuando representan las bases de un sistema que la ciudadanía busca cambiar.

Aunque la cantidad de monumentos afectados puede parecer alarmante, estos procesos de iconoclasia no son nuevos. Si los comparamos con casos históricos, encontramos que las motivaciones y los métodos son esencialmente los mismos; lo que cambia es la escala, debido a un mayor acceso y a la disposición de más personas a participar en estos actos como medio de comunicación simbólica. Es importante señalar que no toda la población comparte la aceptación de estas transformaciones radicales. Incluso quienes apoyan las movilizaciones pueden expresar rechazo hacia estas acciones. Sin embargo, la difusión de herramientas para comprender estas intervenciones puede contribuir, si no a su aceptación, al menos a entender las motivaciones y los fundamentos más allá de la materialidad alterada de estos símbolos. Para

profundizar en este tema exponemos algunos casos sucedidos durante el estallido social chileno, a modo de muestra y por ser un contexto en que se da un uso excepcional del espacio público y, si bien no hay una cancelación temporal de los resguardos a monumentos, la apropiación del espacio público y la imposibilidad de las fuerzas de orden de hacer frente a esta magnitud de manifestación permitió una exponencial cifra de intervenciones a monumentos, para exponerlas las organizamos por categorías e intentamos explicar sus formas, ejemplos y simbolismos relacionados como formas de reconstrucción y resistencia a las imposiciones histórico-culturales.

8. Intervenciones en monumentos públicos durante el estallido social

Con el objetivo de profundizar en los puntos previamente desarrollados, enfocamos ahora nuestra atención en algunos de los actos e intervenciones realizados contra monumentos públicos durante el periodo del estallido social en Chile. Sin embargo, en lugar de abordar los aproximadamente 350 casos reportados por el Consejo de Monumentos Nacionales, optamos por centrarnos, como se estableció en nuestro *corpus* inicial, en aquellos que cuentan con una documentación adecuada. Esto implica considerar los casos que han sido registrados a través de medios de comunicación, ya sean digitales o impresos, tanto oficiales como alternativos, y que incluyan detalles del monumento afectado, el lugar, el tipo de intervención realizada, así como imágenes de respaldo. Este enfoque nos llevó a delimitar el análisis a 170 casos debidamente documentados, de los cuales seleccionamos algunos específicos para nuestro estudio.

Aunque las categorías previamente planteadas son útiles para clasificar y analizar los casos vinculados al estallido social, en particular por su capacidad para reflejar la relación simbólica entre lo que el monumento representa y la perspectiva del individuo o grupo que lleva a cabo la acción, centramos nuestro análisis en otras dimensiones. Estas categorías abarcan actos como atentados, mutilaciones, intervenciones y rayados. No obstante, buscamos identificar manifestaciones específicas en torno a los monumentos que contribuyan a

enriquecer la comprensión de este fenómeno. Este análisis incluirá tanto las situaciones desarrolladas en contextos de relativa calma como aquellas ocurridas durante episodios de alta conflictividad social.

8.1. Rayados y consignas

Una de las manifestaciones contra monumentos que adquirió particular relevancia durante el estallido social fue la de los rayados. De los 170 casos documentados y analizados, 71 corresponden a esta forma de intervención. El rayado se caracteriza por requerir una planificación mínima y ejecutarse con rapidez, lo que lo convierte en una de las herramientas más empleadas no solo en los monumentos, sino también en diversos espacios públicos. Esta acción funciona como un medio directo para expresar opiniones y puntos de vista relacionados con los temas del momento, y, debido a la gran cantidad de personas que ocuparon el espacio público durante este periodo, se consolidó como un canal eficaz para difundir ideas y reforzar consignas compartidas.

En el llamado epicentro del estallido social, ubicado en el centro de la capital, el nivel de rayados alcanzó tal magnitud que los mensajes comenzaron a superponerse, llegando a saturar por completo el espacio disponible. Si bien sería posible realizar un análisis exhaustivo de los rayados en muros y de los mensajes plasmados durante este periodo, nuestro interés se centra específicamente en aquellos realizados sobre monumentos y en la relación simbólica que estos generan. Este fenómeno, nuevamente, desafía las interpretaciones que clasifican dichas acciones simplemente como vandalismo, dado su profundo significado histórico, político y simbólico.

En muchos de los casos documentados, los rayados evidencian mensajes vinculados a las principales discusiones del momento, pero con una notable especificidad en las consignas. Estos mensajes resignifican el valor del monumento, utilizándolo no solo como soporte para visibilizar un punto de vista, sino también como un elemento que refuerza el doble carácter del monumento: su mensaje original y, ahora, la perspectiva crítica que se tiene de él. Por ejemplo, monumentos dedicados a Carabineros fueron intervenidos con consignas que denuncian abusos y mutilaciones; monumentos a próceres como Bernardo

O'Higgins fueron rayados con mensajes que aluden a traiciones históricas; monumentos que recuerdan la conquista fueron intervenidos con referencias a las luchas de los pueblos originarios.

Un caso emblemático es la tumba de José Menéndez en Punta Arenas, donde los rayados buscaban destacar su papel histórico en el genocidio Selknam, respaldado por el Estado. Inscripciones como *Aquí yace un genocida y exterminador de los Selknam* resignificaron el mausoleo, trastocando por completo su intención de homenaje. De manera similar, el monumento a Arturo Prat en Santiago fue utilizado para resignificar una de sus frases más célebres. En su pedestal se inscribió la frase “la contienda es desigual”, reinterpretándola para hacer referencia a la represión estatal y simbolizando una conexión entre el personaje histórico y las causas de los manifestantes.

8.2. Cubrir o “manchar” con pintura

Durante el estallido social, otra forma recurrente de intervención en monumentos públicos fue el uso de pintura, acción que admite diversas interpretaciones. En términos generales, este recurso buscaba alterar o degradar la capacidad de exaltación que posee la figura representada por el monumento. El objetivo principal era deshonar simbólicamente la imagen de estos, adaptándolos a las perspectivas críticas que motivaban a quienes realizaban el acto. Al analizar y recopilar los casos documentados, se identificaron patrones repetitivos en esta práctica.

El primer aspecto recurrente era la intención de “manchar” la supuesta impecabilidad de la figura representada, empleando los materiales disponibles en el momento, sin mayores consideraciones técnicas. Además, destacó el uso frecuente del color rojo en muchas de estas intervenciones, especialmente en monumentos que aludían a eventos bélicos o a figuras históricas relacionadas con actos de genocidio. Ejemplos emblemáticos incluyen la piedra conmemorativa de los mártires caídos en el golpe de Estado, ubicada en Linares, el busto de Pedro de Valdivia en Cañete, el memorial dedicado a Carabineros en Cauquenes e, incluso, casos fuera de Chile, como el monumento a Sebastián de Benalcázar en Quito, Ecuador, donde a finales de 2019 se pintaron de rojo las

manos y la espada, o el monumento a Cristóbal Colón en Boston, que fue cubierto con *sangre* en octubre del mismo año.

Otra característica distintiva en el uso de pintura durante las movilizaciones fue la incorporación del color amarillo, que se ha consolidado como un símbolo de traición. Este color apareció en intervenciones específicas, como en los bustos dedicados a Ignacio Carrera Pinto, célebre militar de la batalla de La Concepción durante la Guerra del Pacífico. En estos casos, la intención era reflejar la percepción de traición hacia el Ejército de Chile, debido a su papel represivo durante las manifestaciones. Del mismo modo, esta situación afectó a los monumentos relacionados con Carabineros, reforzada además por mensajes alusivos en los rayados y la información difundida en redes sociales. El uso del color amarillo también se observó en otros elementos simbólicos complementarios, como banderas amarillas del Partido Comunista o carteles que hacían referencia a la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y al Frente Amplio, desplegados en las protestas.

Finalmente, el color morado emergió como otro recurso habitual, especialmente en manifestaciones vinculadas con las luchas feministas y en figuras consideradas como representativas de la cultura patriarcal. Estas acciones, dirigidas a cubrir o manchar lo que simbolizan los monumentos, se sitúan en un terreno intermedio entre los rayados simples y las intervenciones más elaboradas, debido a las herramientas específicas y los significados simbólicos empleados para llevarlas a cabo.

8.3. Ojos sangrantes

Entre las manifestaciones que se realizaron sobre los monumentos durante el estallido social, las intervenciones caracterizadas por su fuerte carga simbólica experimentaron un notable incremento tanto en cantidad como en intensidad. Como se mencionó previamente, estas intervenciones representan una de las formas más relevantes de interpelación a los monumentos públicos, ya que buscan reinterpretar y resignificar las figuras monumentalizadas a partir de las perspectivas críticas que estas generan.

De las 170 intervenciones documentadas, 35 corresponden específicamente a este tipo de manifestaciones, las cuales destacan por la profundidad de su simbolismo. En línea con el fenómeno descrito en el apartado anterior sobre manchas con sangre, estas intervenciones evolucionaron a medida que la represión estatal y las mutilaciones a manifestantes se intensificaron. Así, el uso de pintura roja comenzó a focalizarse en los ojos de las esculturas, convirtiéndose en un poderoso símbolo que hacía referencia directa a las mutilaciones oculares sufridas por numerosos ciudadanos.

Un ejemplo destacado es la intervención a la Fuente Alemana, ubicada en Santiago, en el epicentro del estallido social. Este monumento fue completamente intervenido, y en una de sus figuras se observan manchas rojas en los ojos, aludiendo a las personas cegadas, junto con una marca en el centro de la frente que simboliza a los asesinados. De manera similar, el busto de Arturo Prat, en Providencia, fue pintado con rojo en uno de sus ojos, y monumentos como el dedicado a la Caridad, el de Luis Calvo Mackenna y otros distribuidos por Chile también fueron intervenidos con este recurso.

El contexto de las mutilaciones oculares, que se convirtieron en una práctica tristemente recurrente por parte de Carabineros, impulsó el uso de los ojos sangrantes como un símbolo central de la represión vivida durante este periodo. Este simbolismo no solo se reflejó en las intervenciones a monumentos, sino que también se extendió a diversas representaciones, símbolos e instauraciones que tomaron este elemento como eje de su mensaje crítico y denuncia.

8.4. Monumentos encapuchados

Una práctica recurrente durante las movilizaciones sociales del estallido fue el encapuchamiento de monumentos, utilizado como un medio simbólico para expresar apoyo de ciertas figuras históricas a las demandas ciudadanas. Este recurso ya se había empleado anteriormente, como en 2006 en Puerto Montt, donde un monumento fue encapuchado, y que volvió a intervenir de la misma manera en 2020. Colocar capuchas o pañuelos en los monumentos se convirtió en un gesto habitual, que buscaba posicionar a estas figuras del lado de la

ciudadanía movilizaba, especialmente en respuesta a las propuestas y disposiciones legislativas impulsadas por el gobierno durante esos meses, que pretendían sancionar y prohibir el uso de elementos que cubrieran el rostro.

Lo que resulta interesante de esta práctica, y que además desafía la interpretación simplista de estos actos como vandalismo sin sentido, es que no todos los monumentos eran intervenidos de la misma manera. En el caso de los encapuchamientos, los monumentos seleccionados para estas transformaciones eran aquellos que, de alguna manera, se relacionaban con las demandas sociales, representaban perspectivas acordes, o al menos mantenían un carácter neutral. Esto permitió que los encapuchamientos se entendieran como una forma de integrar a estas figuras en un discurso particular o, incluso, de resignificarlas como símbolos del movimiento social.

Por lo general, los monumentos intervenidos con esta modalidad fueron cubiertos inicialmente con pañuelos rojos, que más tarde se sustituyeron por pañuelos verdes en apoyo a las causas feministas. Ejemplos notables incluyen el monumento al Roto Chileno en Santiago y su equivalente en Arica, los cuales, al representar a figuras populares vinculadas a la Guerra del Pacífico, eran intervenidos de manera armónica mediante la instalación de capuchas, banderas u otros símbolos, sin dañar su integridad. Del mismo modo, otros monumentos como los dedicados a Gabriela Mistral, Javiera Carrera, Margot Loyola, el Discóbolo del Estadio Nacional, y el monumento al Ovejero en Punta Arenas y Aysén, también fueron objeto de este tipo de intervención.

8.5. Monumentos intervenidos o resignificados

En el contexto del estallido social, las intervenciones a monumentos se caracterizaron por una apropiación simbólica de las figuras representadas, en la que, aprovechando lo que estas simbolizan, se añadieron elementos que alteraron el sentido original de su representación. Este fenómeno refuerza la idea de que estas acciones, aunque no siempre estén organizadas, no pueden catalogarse simplemente como vandalismo. Las intervenciones poseen un carácter estético y simbólico que las convierte en vehículos para transmitir ideas y reflexiones críticas sobre ciertas figuras históricas.

Durante el periodo analizado, se documentaron diversas manifestaciones que ilustran estas características. Un ejemplo notable es el monumento a Pedro de Valdivia en la Plaza de Armas de Santiago, que fue vestido con prendas alusivas al pueblo mapuche, un gesto que resignifica la figura del conquistador al posicionar al vencido por encima del vencedor. De manera similar, en Punta Arenas, el monumento a Manuel Bulnes fue intervenido con una máscara Selknam, y el monumento al General Roca, en la Patagonia, fue transformado al vestirlo como la muerte, simbolizando su rol histórico en los conflictos y las matanzas de esa región.

Otro caso significativo ocurrió con el monumento a los héroes de la Guerra del Pacífico, previamente intervenido y decapitado, que durante las manifestaciones del 8M fue transformado para dar protagonismo a figuras femeninas en lugar de las masculinas dominantes en el discurso monumental. En esta resignificación, el monumento pasó a representar a Gabriela Mistral; Rosa Guisa, una figura destacada del movimiento afrodescendiente y fundadora de la organización no gubernamental (ONG) Lumbanga; la Tía Petita¹. Este tipo de intervenciones refleja la intención de otorgar un espacio a figuras históricas que no han sido reconocidas en los procesos tradicionales de monumentalización. Utilizando las bases de los monumentos existentes, se resignifican y reconstruyen a partir de lo que simbolizan, desafiando las narrativas hegemónicas y privilegiadas que representan.

Estas acciones se desarrollan sobre la premisa de que algunos monumentos han perdido su capacidad de representación o contienen elementos disruptivos para los intereses de una comunidad. Por lo tanto, las intervenciones buscan reemplazar simbólicamente esas narrativas con figuras más acordes a las necesidades y aspiraciones de los habitantes de un espacio específico. Como se ha señalado previamente, estas intervenciones contrastan con la función tradicional de los monumentos, que buscan la permanencia en el tiempo. En cambio, las intervenciones resignificantes están marcadas por el momento en

¹ Petronila “Tía Petita” Vásquez fue una líder solidaria en Arica, conocida por su comedor comunitario *Padre Hurtado*, donde alimentó a niños y adultos mayores por más de 40 años. Su labor la hizo *Hija Ilustre de Arica* y una de las *100 Mujeres Líderes de Chile* en 2010.

que son realizadas y dependen de elementos contextuales y complementarios para su efectividad como herramientas de comunicación.

La eficacia de estas intervenciones se relaciona directamente con las personas que interactúan con ellas en el contexto en que se inscriben, ya que el entorno proporciona las claves necesarias para su interpretación. Por ejemplo, un monumento de figuras masculinas intervenido durante una marcha feminista tiene un impacto específico en ese momento. Sin embargo, estas intervenciones pueden trascender al contexto original, como sucede con los monumentos tradicionales, si logran alcanzar a un público más amplio. En este sentido, los medios de comunicación juegan un papel crucial, siempre que proporcionen herramientas adecuadas para interpretar estas acciones y no las reduzcan al simple calificativo de vandalismo.

En la mayoría de los casos analizados, y considerando los factores previamente expuestos, es posible identificar un discurso subyacente que permite interpretar al menos las motivaciones detrás de estas acciones, ya sea en relación con aspectos históricos o de representación. En aquellos casos más complejos o menos evidentes, estas motivaciones pueden develarse a través de enfoques fenomenológicos, sociales o culturales, que ayudan a comprender los motores detrás de tales intervenciones. Comprendemos que tanto las manifestaciones iconoclastas como las catalogadas como vandálicas comparten un eje funcional: un punto de partida o una intención que responde a una causalidad específica. Sin embargo, en el contexto actual, la formación y el surgimiento de estas manifestaciones, junto con los procesos y las limitaciones que las impulsan, a menudo son velados. Este ocultamiento tiende a enfatizar lo vandálico en aquellos actos no oficiales, mientras se encubre lo iconoclasta bajo un manto de legalidad, principalmente a través de decisiones gubernamentales que se manifiestan en acciones como erradicación, desplazamiento, instauración de monumentos, o incluso el descuido deliberado de figuras consideradas inconvenientes para las administraciones de turno.

En relación con esta primera categoría de actos, muchas de estas intervenciones, difundidas en los medios de comunicación como ejemplos de vandalismo, esconden un trasfondo más complejo. Incluso de manera previa al

estallido social chileno que estudiamos en este apartado. Un caso emblemático ocurrió en Arica, Chile, el 8 de marzo de 2015, cuando el monumento al Roto Chileno², héroe popular de la Guerra del Pacífico, fue travestido y renombrado como *La Rota*. Esta intervención fue calificada como *vandalismo* por medios de comunicación oficiales. Sin embargo, al analizar este caso, se evidencian características claras que permiten identificar el mensaje crítico de la acción y a sus ejecutantes. A pesar de ello, lo que suele resaltarse es la supuesta vandalización del monumento, ignorando el sentido de la intervención.

Si consideramos elementos clave, como el contexto en el que se llevó a cabo la acción (la marcha por el Día de la Mujer), el grupo ejecutante (un colectivo feminista), la figura representada (un hombre popular exaltado como héroe) y la transformación realizada (el travestismo), es posible interpretar esta acción como una crítica hacia la percepción histórica y los referentes monumentalizados, eso sumado al mensaje en su plinto que mentaba: *Para ser valiente hay que ser mujer*. En este caso, se hace evidente el rol silenciado de la mujer en los discursos históricos que respaldan los privilegios masculinos. La ausencia de monumentos dedicados a las mujeres, ya sea a las obreras, a las madres, hijas o esposas de los soldados o a cualquier figura femenina relevante, motivó a que se resignificara un monumento ya existente, cambiando su sentido sin recurrir a su destrucción total.

Esta intervención dotó al monumento de un discurso crítico que lo transformó momentáneamente en un nuevo símbolo. Este nuevo significado puso en evidencia tanto lo que tradicionalmente se ha exaltado como aquello que ha sido ignorado o silenciado. Así, se generó un monumento efímero que, aunque temporal, logró visibilizar una narrativa alternativa y cuestionar las representaciones dominantes en la historia oficial.

8.6. Monumentos instaurados

Como se ha mencionado anteriormente, las comunidades enfrentan limitaciones significativas para monumentalizar a figuras históricas o referentes culturales. Por lo general, los monumentos oficiales son determinados a partir de

² Roto, se utilizó originalmente en Chile para referirse, de manera general, a hombres de origen urbano y en condición de pobreza.

discursos que favorecen al poder establecido, procesos mediados por concursos públicos y un conducto regular que reduce considerablemente las posibilidades de propuestas ciudadanas, especialmente en los centros urbanos. En el contexto del estallido social chileno, marcado por el conflicto y la apropiación del espacio público, no resultó sorprendente que surgieran manifestaciones enfocadas en instaurar nuevos referentes, muchas veces sin aprobación oficial, ya fuera creando monumentos desde cero o reemplazando aquellos que representaban figuras consideradas contrarias a los intereses de la comunidad movilizada.

Al igual que las intervenciones previamente descritas, los monumentos instaurados durante este periodo se caracterizan por su temporalidad. No cuentan con garantías de permanencia en el tiempo como los monumentos tradicionales, no tanto por cuestiones de materialidad o técnica, sino debido a la ausencia de regulaciones que aseguren su resguardo. A pesar de esto, su impacto tiende a ser mayor, ya que se basan en referentes compartidos en un contexto específico, relacionándose con monumentos preexistentes considerados insuficientes o contrarios, y posicionándose como símbolos actualizables y adaptables a las transformaciones de las comunidades y sus espacios.

Un caso temprano de esta práctica ocurrió en La Serena, donde, apenas una semana después del inicio del estallido, el 20 de octubre de 2019, la estatua de Francisco de Aguirre, fundador español de la ciudad, fue derribada e intervenida con rayados. En su lugar, se colocó el busto de una mujer diaguita llamado *Milanka*, erigido mediante una ceremonia comunitaria. Aunque el busto estaba hecho de materiales vulnerables como cartón y papel, adquirió gran relevancia simbólica al poner en valor la figura de los vencidos frente a la figura del conquistador. Aguirre, quien lideró la “pacificación” tras el incendio de la ciudad original por los diaguitas, simboliza un proceso que casi exterminó a este pueblo en un corto periodo de tiempo.

Un caso similar se dio en el extremo sur del país, en Punta Arenas, con el busto de José Menéndez. Este, considerado pionero en el desarrollo de la región, fue también responsable del exterminio del pueblo Selknam. Su busto fue derribado y reemplazado por una figura antropomórfica de madera que simbolizaba a los pueblos originarios de la zona, acompañada de una placa de

papel que decía: *En memoria de los pueblos originarios*. En Santiago, la llamada Plaza de la Dignidad fue escenario de la instalación de una escultura de madera que representaba al pueblo Selknam, acompañada más tarde por dos Chemamüll³ Mapuches, como ocurrió también en Temuco tras la caída del monumento a Pedro de Valdivia. Estas acciones enfatizaron la reivindicación de las culturas ancestrales en un momento en que se buscaba suprimir las formas dominantes del modelo imperante, posicionando a los vencidos sobre los vencedores como una poderosa herramienta simbólica.

Otro monumento instaurado que generó gran revuelo fue el busto de Pedro Lemebel⁴, instalado frente a la casa central de la Universidad Católica, en reemplazo del busto de Abdón Cifuentes, político conservador fallecido en 1928. A pesar de que en 2016 se había impulsado un proyecto para erigir un monumento al escritor en Recoleta, este nunca se concretó, lo que llevó a su instalación por vías alternativas durante las manifestaciones. Lemebel, reconocido por sus vínculos con disidencias y movimientos de izquierda, es una figura controversial cuya monumentalización refleja tanto admiración como tensiones en torno a su legado.

En Arica, tras la caída del busto de Cristóbal Colón, se instaló una sartén en su lugar, simbolizando y monumentalizando los cacerolazos, un medio de protesta que adquirió relevancia tanto durante el estallido social como en el periodo de toque de queda por la pandemia.

Uno de los casos más emblemáticos fue el del *Negro Matapacos*⁵ un perro santiaguino conocido por acompañar manifestaciones estudiantiles desde 2011 y que falleció en 2017. Este animal se convirtió en un símbolo de la lucha callejera y del rechazo a la represión policial. Su imagen, que comenzó a popularizarse en redes sociales, se trasladó al espacio público en forma de murales, banderas y

³ Escultura Ceremonial del Pueblo Mapuche.

⁴ Pedro Segundo Mardones Lemebel fue un escritor, cronista y militante comunista chileno, reconocido también por su contribución vanguardista a la visibilización de la comunidad LGBT. Su obra literaria explora la marginalidad en Chile, incorporando elementos autobiográficos para retratar de manera vívida y crítica las realidades sociales.

⁵ Paco es una expresión coloquial chilena para referirse a los cuerpos policiales, por lo que el apodo del perro en cuestión se entiende como el Negro asesino de policías. Otro sinónimo utilizado en manifestaciones y en la cultura popular es *Yuta*.

monumentos. En el centro de Santiago se construyó una escultura a gran escala de metal y papel que, tras ser incendiada, fue reconstruida simbólicamente con flores y ramas, para luego ser reemplazada por una figura de acero inaugurada simbólicamente el 13 de diciembre, en referencia a la sigla internacional ACAB (13-12)⁶. Esta figura trascendió fronteras, pues monumentos a perros como el Ovejero en el sur de Chile, Hachiko en Japón, y Balto en Central Park, Estados Unidos (EE. UU.), fueron intervenidos con pañuelos rojos en solidaridad con las manifestaciones chilenas.

Por último, otra forma de monumentos instaurados fueron los memoriales creados durante las manifestaciones para homenajear a las víctimas de la represión. Las 36 muertes registradas llevaron a la instalación de diversos memoriales, como el dedicado a Mauricio Fredes en Plaza de la Dignidad, o aquel que recuerda a todas las víctimas del proceso. Estos memoriales, hechos con materiales de fácil acceso y reposición, estaban marcados por su temporalidad y vulnerabilidad, ya que, al ser ilegales, eran destruidos o removidos por las autoridades municipales.

8.7. Monumentos erradicados

A lo largo del estallido social chileno, se observa una marcada tendencia a monumentalizar ciertos referentes mientras se erradican otros. Esta dinámica refleja una oposición directa entre las figuras históricas, los pueblos y las perspectivas tradicionalmente marginadas por la historia oficial, y los iconos promovidos a través del discurso monumentalista en el territorio. Durante este periodo, se documentaron numerosos casos de monumentos erradicados o destruidos, ya sea mediante decapitación, desmembramiento o derribamiento total.

En todo el país se registraron diversos ejemplos de este fenómeno. En Santiago, destaca el caso del monumento a Carabineros ubicado en la Alameda, mientras que, en Rancagua, el busto de Hernán Merino, mártir de Carabineros desde 1965, fue decapitado. Este acto fue acompañado del mensaje *La Yuta es el*

⁶ ACAB: All Cops Are Bastards.

enemigo, como una crítica al papel represivo de Fuerzas Especiales durante las manifestaciones. En el sur de Chile, las acciones contra monumentos adquirieron un gran nivel de simbolismo y difusión mediática. Un ejemplo relevante fue el derribo de la estatua de Pedro de Valdivia en Concepción, que tras ser derribada fue empalada simbólicamente, colocada a los pies del monumento a Lautaro y, finalmente, colgada de un puente local. Este tipo de intervención resalta la intención de resignificar el discurso histórico, colocando a los vencidos en una posición de dominio sobre los vencedores.

Otro caso significativo ocurrió en Temuco, donde la estatua del militar Dagoberto Godoy fue decapitada, y su cabeza fue colocada en manos del monumento a Caupolicán. Este acto replicó prácticas asociadas al periodo de la conquista y buscó reconstruir las narrativas históricas desde una perspectiva crítica, destacando el papel de los pueblos originarios en contraposición a los conquistadores. Estas acciones, cargadas de simbolismo, reflejan no solo el rechazo hacia ciertas figuras históricas, sino también la reivindicación de aquellos que históricamente han sido excluidos o invisibilizados por los relatos oficiales.

8.8. Ejercicios sobre monumentos no oficiales

Como se ha mencionado anteriormente, siempre que existan monumentos, habrá sectores que no se sientan plenamente representados por ellos. Esto no solo se aplica a los monumentos oficiales, sino también a los momentáneos o instauraciones extraoficiales. Aunque estos últimos pueden reflejar un discurso generalizado o ampliamente aceptado dentro de ciertos movimientos, también son objeto de resistencia, destrucción o resignificación por parte de quienes no comparten dichas perspectivas. Desde el momento en que un monumento es erigido, sin importar el método o la vía utilizada, se vuelve susceptible a transformaciones, dependiendo de su nivel de aceptación y capacidad de representación, tanto por parte de los mismos movimientos que los instauraron como de grupos opositores. Durante el periodo en estudio, se registraron diversas respuestas en forma de rayados y actos de destrucción contra monumentos, tanto oficiales como extraoficiales. Si bien estas acciones fueron menos frecuentes en comparación con los monumentos promovidos por los

movimientos sociales, es importante destacarlas para evidenciar que los mecanismos de interacción con los monumentos operan de manera similar, independientemente de si existen o no conflictos declarados.

Un caso representativo es el ya mencionado monumento al *Negro Matapacos*. Tras su construcción inicial en papel y metal, fue pintado con pintura verde, la misma utilizada en rayados del sector que contenían consignas en apoyo a la policía. Posteriormente, el monumento fue incendiado. Después de ser reconstruido en metal, fue robado y arrastrado por varios kilómetros con una camioneta, terminando decapitado y abandonado en el camino. El uso del fuego como método de destrucción se convirtió en una práctica recurrente contra los monumentos instaurados, afectando también a obras como los Chemamüll de la Plaza de la Dignidad o el busto de Milanka en La Serena. De manera similar, los memoriales creados durante las manifestaciones también fueron objeto de ataques. Un ejemplo destacado es el memorial a Mauricio Fredes, que fue destruido inicialmente con carros lanza aguas de Carabineros y luego desmantelado, siendo arrojado a la basura.

Asimismo, los monumentos instaurados a través de vías tradicionales, que de alguna manera hacían referencia a figuras o perspectivas enaltecidas por las comunidades movilizadas, fueron intervenidos por diversos medios. Memoriales dedicados a detenidos desaparecidos durante la dictadura fueron rayados o destruidos en ciudades como La Serena, Concepción, Valparaíso, Osorno y Santiago. Estas intervenciones incluyeron símbolos asociados al movimiento de derecha Patria y Libertad, así como mensajes alusivos a Pinochet o que apoyaban la desaparición de las víctimas. De manera similar, las tumbas de figuras emblemáticas como Salvador Allende y Víctor Jara también fueron objeto de intervenciones durante este periodo.

8.9. Monumentos no oficiales y su capacidad de actualización

Como se expuso en los capítulos iniciales, los monumentos tienen como propósito rendir homenaje y perpetuar en el espacio público la representación de figuras históricas o hechos significativos que han contribuido a la configuración de una comunidad. En términos generales, el monumento como objeto simbólico

cumple esta función de manera eficaz. Sin embargo, surgen problemas cuando las figuras monumentalizadas no representan a la población en el lugar donde se erigen. Esto puede deberse a que su instalación fue una imposición arbitraria de un gobierno, a la desactivación simbólica de sus referentes y la consecuente pérdida de capacidad representativa, o al reconocimiento posterior de discursos que históricamente han sido subyugados frente a los que se encuentran monumentalizados.

Ante estas limitaciones y las dificultades inherentes a la instauración de monumentos por vías oficiales, la ciudadanía recurre, como hemos visto, a alternativas extraoficiales para su creación. Aunque estas alternativas son menos frecuentes en contextos cotidianos, en momentos de conflicto, el mayor acceso y control del espacio público favorecen su proliferación. Pese a su carácter temporal y a la ausencia de mecanismos legales que protejan estos monumentos no oficiales, su trascendencia radica en su capacidad de representación. Cuanto más logren sintetizar e interpretar los intereses y valores compartidos durante un momento específico, mayor será su impacto y permanencia. Por el contrario, si dejan de representar las ideas o perspectivas de la comunidad, serán retirados o transformados, incluso por los mismos manifestantes.

La incapacidad de los monumentos tradicionales para adaptarse a los cambios, sumada a su carácter marmóreo y su respaldo legal, los convierte en objetos de dominio susceptibles a transformaciones. Aunque el propósito del monumento tradicional es perpetuar un discurso en el espacio público, se entiende que este discurso proviene de un contexto histórico específico. Está condicionado por los actores que impulsaron su creación, las autoridades que validaron su representación, el espacio donde fue instalado, y los artistas o arquitectos que lo diseñaron y erigieron. Si bien un monumento puede ser representativo en el momento de su instalación, su simbolismo inevitablemente se vacía con el tiempo. Esto ocurre porque, a pesar de su intención de consolidar una idea, su relevancia depende de que las personas sigan interactuando con él y reconociéndolo como un reflejo válido de su comunidad y sus valores.

Por el contrario, los monumentos instaurados por vías alternativas o como formas de apropiación del espacio público poseen una mayor capacidad de

adaptación y representación. Al no estar condicionados por normativas estéticas ni regulaciones legales, estos monumentos pueden ser resignificados, reconstruidos, y modificados según las necesidades de la comunidad. Un ejemplo de esta capacidad de actualización es la piedra emplazada en las faldas del cerro Santa Lucía, que contiene la carta escrita por Pedro de Valdivia al emperador Carlos V el 4 de septiembre de 1545, donde describe las bondades de las tierras conquistadas. Durante las manifestaciones del estallido social, esta piedra fue resignificada, primero recuperando el nombre original del cerro, “Huelén”, y más tarde adaptándose para denunciar las mutilaciones oculares ocurridas en las protestas. A medida que aumentaban los casos de mutilaciones, la inscripción fue modificada en diversas ocasiones, adaptándose al contexto.

Un caso similar es el monumento al *Negro Matapacos*, cuyo carácter simbólico y temporal le permitió ser transformado, reconstruido, y adaptado repetidamente durante las manifestaciones. Estos ejemplos muestran cómo los monumentos no oficiales, o monumentos de resistencia, poseen una flexibilidad única. Tienen la capacidad de actualizarse, fusionarse, desplazarse, y modificar sus elementos para alinearse con las ideas que buscan comunicar o con los valores que representan en un momento dado.

Las intervenciones realizadas en los monumentos durante el estallido social chileno nos invitan a reflexionar sobre la compleja relación entre el espacio público, la memoria colectiva y los procesos históricos que han moldeado nuestra sociedad. Estos actos, lejos de ser simples expresiones de vandalismo, representan una forma de apropiación simbólica del espacio urbano y de resignificación crítica de las narrativas hegemónicas que tradicionalmente han sido impuestas en los monumentos oficiales. Los rayados, las manchas de pintura, los encapuchamientos, las resignificaciones y la instauración de nuevos referentes monumentales constituyen un repertorio de acciones que cuestionan profundamente el rol de estas figuras en la construcción de identidades colectivas y en la perpetuación de discursos de poder.

A lo largo de los casos documentados, se evidencia una constante: la intención de desestabilizar la simbología de los monumentos tradicionales y de abrir un espacio para nuevas lecturas críticas que integren las voces de aquellos

sectores históricamente marginados o silenciados. Este fenómeno no solo remite a una crítica directa hacia las figuras representadas, sino que también aborda el trasfondo histórico, político y social que las sostiene. Por ejemplo, los rayados y las manchas de pintura, particularmente el uso del rojo para denunciar la violencia y el amarillo como símbolo de traición, no solo interpelan a los monumentos como objetos estáticos, sino que los convierten en soportes para expresar las tensiones sociales y las luchas políticas contemporáneas.

Del mismo modo, las intervenciones que incorporan elementos culturales de los pueblos originarios o que transforman las representaciones masculinas dominantes para visibilizar figuras femeninas y disidencias, destacan por su capacidad para trastocar los discursos tradicionales y construir nuevas narrativas que responden a las demandas sociales actuales. La resignificación de monumentos como los dedicados a Pedro de Valdivia, José Menéndez o el Roto Chileno no solo reconfigura su sentido original, sino que también simboliza una inversión del orden histórico al poner en valor a los vencidos por encima de los vencedores.

Asimismo, los monumentos instaurados de manera temporal durante las movilizaciones adquieren una relevancia especial, ya que representan una forma de monumentalización alternativa, fuera de los canales oficiales, que responde directamente a las aspiraciones y necesidades de las comunidades movilizadas. Estas figuras, como el busto de Milanka, la escultura del Negro Matapacos o los Chemamüll mapuches, no solo denuncian las omisiones y exclusiones del discurso monumental tradicional, sino que también reafirman la capacidad de los movimientos sociales para reinterpretar el espacio público y construir memorias colectivas desde perspectivas subalternas.

Por último, los casos de destrucción y erradicación de monumentos durante el estallido social reflejan una ruptura con las narrativas hegemónicas y un rechazo explícito hacia los referentes históricos que perpetúan estructuras de poder opresivas. La decapitación de estatuas, el uso del fuego y otras formas de intervención subrayan el carácter disruptivo de estos actos, pero también abren la posibilidad de debatir sobre la pertinencia de ciertas representaciones en un contexto de cambio social.

En conjunto, estas intervenciones nos obligan a repensar el significado de los monumentos en el espacio público, no solo como símbolos de un pasado idealizado, sino como dispositivos dinámicos que pueden ser resignificados y reconstruidos en función de las demandas y los valores de las comunidades que los rodean. Más allá de los daños físicos, estas acciones nos invitan a reflexionar sobre los daños simbólicos que las narrativas hegemónicas han causado a lo largo de la historia, y sobre la urgencia de construir una memoria colectiva más inclusiva, crítica y representativa del presente vivido. Así, estas manifestaciones nos sitúan frente al desafío de reconocer la Historia como un espacio en disputa, donde las luchas por la representación y el reconocimiento no solo se desarrollan en los textos académicos, sino también en las calles, las plazas y los monumentos que habitan nuestro cotidiano.

9. La disputa por la memoria en el espacio público

El análisis de las intervenciones en monumentos durante el estallido social chileno evidencia que estos espacios han sido resignificados como escenarios dinámicos de resistencia y transformación. Estas acciones no solo reflejan un rechazo hacia las narrativas históricas hegemónicas, sino también un esfuerzo colectivo por ampliar y democratizar la memoria pública, integrando perspectivas históricamente marginadas. A través de rayados, manchas de pintura, encapuchamientos, resignificaciones y la instauración de nuevos referentes, los monumentos se han convertido en vehículos para cuestionar las estructuras de poder, revalorizar los saberes subalternos y dar visibilidad a luchas sociales actuales.

Lejos de buscar la eliminación del pasado, estos actos buscan resignificarlo, revelando tensiones entre las representaciones oficiales y las experiencias vividas por comunidades que han sido sistemáticamente excluidas de los relatos históricos. Así, las intervenciones aluden a una memoria colectiva que no es estática, sino que se reconstruye en función de las necesidades y demandas del presente, y es que entendemos que la memoria colectiva es un proceso dinámico que se va reconstruyendo. Este dinamismo se manifiesta en cómo los monumentos se convierten en herramientas de resistencia simbólica,

denunciando desigualdades estructurales y reclamando un espacio público más plural y representativo.

Las resignificaciones también destacan la capacidad de los monumentos para evolucionar como “territorios de re-existencia”, según lo describe Nelson Maldonado-Torres (2017, p. 26). Estas intervenciones no solo desafían la imposición colonial y patriarcal de ciertos referentes, sino que abren el camino para narrativas alternativas que celebran la diversidad cultural, las luchas de los pueblos originarios y las disidencias. En este sentido, los monumentos no oficiales y las transformaciones temporales permiten democratizar el espacio público al reflejar las complejidades y contradicciones de las sociedades contemporáneas.

La disputa por la memoria en el espacio público no es solo un acto de resistencia simbólica; es un paso necesario hacia la reconfiguración de las relaciones de poder en el ámbito público y la construcción de una historia inclusiva. Este proceso transforma los monumentos en dispositivos vivos de diálogo y representación, capaces de adaptarse a los cambios sociales y de integrar perspectivas históricas que habían sido relegadas al silencio. Así, el espacio público se redefine como un lugar donde las comunidades pueden apropiarse de sus memorias colectivas y proyectar futuros más equitativos y diversos.

10. Monumentos como Herramientas Vivas y el Futuro de la Memoria Colectiva

Los monumentos, tradicionalmente concebidos como símbolos estáticos de narrativas oficiales, han demostrado ser herramientas dinámicas capaces de resignificarse en función de los cambios sociales y culturales. Lejos de consolidar únicamente una memoria colectiva homogénea, su capacidad de adaptación refleja las tensiones, conflictos y aspiraciones de las comunidades que los rodean. En este sentido, los monumentos no solo evocan el pasado, sino que dialogan activamente con el presente, convirtiéndose en plataformas de lucha simbólica y proyección hacia un futuro más inclusivo.

La resignificación de los monumentos destaca la importancia de democratizar el espacio público, permitiendo que se conviertan en lugares de encuentro y representación plural. Lefebvre (1975) subraya que el espacio público

es un producto social en constante transformación, lo que implica que los monumentos deben evolucionar junto con las demandas y necesidades de la sociedad. Este proceso no consiste en borrar el pasado, sino en ampliarlo, incorporando voces históricamente excluidas y visibilizando las complejidades de las experiencias humanas.

Para lograr esta democratización, es fundamental integrar una gestión participativa que involucre a las comunidades en la toma de decisiones sobre qué y cómo conmemorar. Al mismo tiempo, es necesario fomentar la creación de monumentos adaptables e interactivos que reflejen la diversidad y permitan una reinterpretación constante. Esto incluye tanto la resignificación de monumentos existentes como la incorporación de nuevas narrativas que celebren a sectores tradicionalmente marginados, como pueblos indígenas, afrodescendientes, mujeres, disidencias sexuales y otros grupos subalternos.

La inclusión de estas perspectivas no solo desafía las jerarquías históricas, sino que enriquece el espacio público al transformarlo en un ámbito de diálogo y reflexión colectiva. Y es que la memoria colectiva es un conjunto de experiencias que debe ser reconocido en su pluralidad. Este enfoque no solo fortalece el sentido de pertenencia comunitario, sino que también impulsa una representación más equitativa y consciente de la diversidad.

En conclusión, los monumentos resignificados y participativos tienen el potencial de reconfigurar profundamente la relación entre memoria, espacio público e identidad colectiva. Al permitir que estas estructuras dialoguen con el presente y reflejen las complejidades de las sociedades contemporáneas, se abren nuevas posibilidades para construir una memoria inclusiva y democrática. Este proceso transforma los monumentos en herramientas vivas que no solo preservan el pasado, sino que también proyectan un futuro más justo y representativo.

11. Conclusiones

La resignificación de los monumentos en América Latina, particularmente en el contexto del estallido social chileno, plantea una reflexión profunda sobre

el rol del espacio público como escenario simbólico y político. Estas estructuras, concebidas inicialmente para consolidar narrativas oficiales y legitimar visiones unívocas de la historia, han evolucionado en espacios de disputa activa que revelan las tensiones entre los relatos hegemónicos y las voces históricamente marginadas. Más que elementos inmutables que remiten al pasado, los monumentos son dispositivos dinámicos que dialogan con el presente, transformándose en herramientas de resistencia y proyección hacia un futuro más inclusivo.

Las intervenciones documentadas, que incluyen rayados, manchas de pintura, resignificaciones simbólicas, y la instauración de nuevos referentes monumentales, ponen de manifiesto cómo las comunidades han utilizado el espacio público para cuestionar estructuras de poder que perpetúan exclusiones históricas, culturales y sociales. En este proceso, los monumentos se reconfiguran como plataformas de expresión crítica, visibilizando las demandas de los pueblos originarios, mujeres, afrodescendientes, y otros sectores subalternos que han sido sistemáticamente silenciados en las narrativas oficiales. Estas acciones no buscan borrar el pasado, sino ampliarlo, transformando las jerarquías simbólicas en espacios de diálogo y democratización de la memoria.

El fenómeno de la resignificación monumental refleja una pugna por reconfigurar las relaciones de poder en el espacio público. Las comunidades movilizadas no solo desafían los discursos dominantes que exaltan figuras y eventos específicos, sino que también reclaman su derecho a inscribir sus propias memorias y experiencias en estos espacios compartidos. Ejemplos como la transformación del monumento al Roto Chileno en *La Rota* o el reemplazo de la estatua de Francisco de Aguirre por el busto de Milanka muestran cómo las comunidades han reinterpretado los referentes oficiales para dar cabida a narrativas alternativas que reflejan luchas sociales actuales y desafíos históricos. Estas acciones, lejos de ser vandalismo sin sentido, evidencian una necesidad urgente de actualizar y democratizar los referentes simbólicos que estructuran el espacio público.

Este análisis permite comprender la relevancia de los monumentos no solo como vestigios del pasado, sino como herramientas vivas que pueden ser

resignificadas para responder a las necesidades y aspiraciones contemporáneas. En este sentido, la monumentalización y su resignificación plantean un desafío ético y político: ¿cómo construir una memoria colectiva que no excluya, sino que integre la pluralidad de voces que configuran nuestras sociedades? La respuesta a esta pregunta radica en fomentar un enfoque participativo y crítico en la gestión del espacio público, permitiendo que las comunidades no solo cuestionen los monumentos existentes, sino que también imaginen y construyan nuevos referentes que respondan a sus realidades y valores.

La utilidad de este estudio trasciende el análisis de los casos específicos documentados, ya que ofrece un marco teórico y práctico para abordar las dinámicas de exclusión e inclusión en la esfera pública. Al explorar cómo los monumentos pueden ser resignificados como territorios de resistencia y diálogo, se abren nuevas posibilidades para entender el espacio público no como un ámbito estático, sino como un escenario dinámico de transformación social. Este enfoque permite replantear el papel de los monumentos en la construcción de identidades colectivas, enfatizando su potencial para reflejar la diversidad y complejidad de las experiencias humanas.

En términos de proyección, el análisis de estos fenómenos plantea la necesidad de avanzar hacia una democratización integral del espacio público, donde las narrativas oficiales puedan coexistir con las alternativas, y donde los monumentos se conviertan en dispositivos adaptables que reflejen los cambios y las tensiones de las sociedades contemporáneas. Esto implica no solo revisar críticamente las políticas de monumentalización, sino también diseñar estrategias que promuevan una participación activa de las comunidades en la configuración del paisaje simbólico de sus territorios. De este modo, el espacio público puede transformarse en un lugar de encuentro y construcción colectiva, capaz de articular memorias plurales y proyectos inclusivos para el futuro.

En conclusión, la resignificación de los monumentos en América Latina no solo ilumina las tensiones históricas y culturales que atraviesan la región, sino que también evidencia la capacidad de las comunidades para apropiarse del espacio público como un territorio de resistencia y creación. Este proceso subraya la importancia de replantear las relaciones entre memoria, poder e identidad en

nuestras sociedades, permitiendo que los monumentos dejen de ser anclajes rígidos al pasado y se conviertan en herramientas vivas para imaginar y construir futuros más justos, inclusivos y representativos.

Referências

ARENDT, Hannah. **La condición humana**. Barcelona: Paidós, 1993.

CARRIÓN, Fernando. El espacio público es una relación, no un espacio. *In*: CARRIÓN, Fernando; DAMMERT-GUARDIA, Manuel (ed.). **Derecho a la ciudad**: una evocación de las transformaciones urbanas en América Latina. Lima: CLACSO, 2019. p. 191-219.

DUSSEL, Enrique. **El encubrimiento del otro**: hacia el origen del mito de la modernidad. Quito: Abya-Yala, 1994.

LEFEBVRE, Henri. **El derecho a la ciudad**. 3. ed. Barcelona: Península, 1975.

LE GOFF, Jacques. **El orden de la memoria**: el tiempo como imaginario. Madrid: Paidós, 1991.

LUKINOVIC, Jonathan. **La guerra de los monumentos**. Santiago: Camino, 2022.

MALDONADO-TORRES, Nelson. El arte como territorio de re-existencia: una aproximación decolonial. **Iberoamérica Social: Revista-Red de Estudios Sociales**, [s. l.], v. 8, p. 26-28, 2017. Disponible en: <https://iberoamericasocial.com/arte-territorio-re-existencia-una-aproximacion-decolonial/>. Accedido en: 2 enero 2025.

MORTARI, Cláudia; ASSUNÇÃO, Marcello Felisberto Moraes de; WITTMANN, Luísa Tombini; CASSIANO, Tathiana Cristina da Silva Anizio. Colonialidad y decolonialidad combativa: entrevista con Nelson Maldonado-Torres. **Revista de Teoria da História**, [Goiânia], v. 26, n. 2, p. 141-160, 2023.

RAPOSO, Gabriela. La memoria emplazada: proceso de memorialización y lugaridad en post-dictadura. **Revista de Geografía Espacios Chile**, [s. l.], v. 3, n. 6, p. 63-97, 2007. Disponible en: <https://cutt.ly/xc27eJg>. Accedido en: 2 enero 2025.

RICART, Natalia; REMÉSAR, Antoni. Reflexiones sobre el espacio público. **On the Waterfront**, [s. l.], n. 25, p. 5-35, 2013.